

WASHINGTON, 21 de Septiembre de 2009.

### Reflexiones sobre la Paz en América

Buenos días, quiero empezar saludando y agradeciendo de manera muy especial la invitación que me ha formulado la Organización de Estados Americanos, a través de su secretario General, Sr. José Miguel Insulza, igualmente a todo su equipo de colaboradores, quienes han hecho posible que me trasladase desde mi País Colombia para compartir con ustedes, señores embajadores de toda America algunas reflexiones que me han surgido sobre el tema de la paz, en este día tan especial de celebración como es el 21 de septiembre.

Para mí, constituye un gusto y un gran honor estar hoy con ustedes y tener la oportunidad de compartir una serie de reflexiones.

Para los que me conocen como para los que no, mi nueva realidad comienza a partir de que fui liberada por un grupo armado en Colombia llamado –FARC- en enero del año pasado, después de haber sido secuestrada y mantenido cautiva por casi seis años en las selvas del Sur del País. En cautiverio di a luz a mi hijo, quien hoy en día, gracias a la bendición de Dios, se encuentra estudiando felizmente en su colegio.

Muchos han querido ver en mí un Icono de la libertad y es quizá por esa razón, por la que me encuentro con ustedes, conversando en un dialogo de amigos.

Me siento muy honrada, repito y recibo esta invitación con humildad. Simplemente expresarles este sentimiento y empezar a compartir algunos pensamientos que me han rondado sobre el tema y particularmente en las últimas semanas.

A partir de la celebración del día Internacional de Paz, surge la pregunta, pero por qué lo celebramos?

Debe ser algo importante que debemos recordar. Muchos que nos han antecedido en años y luchas, han llegado a la conclusión que debemos seguir recordando este ideal de paz como un punto de llegada y de partida.

Suele pasar que en medio del trabajo, la rapidez y el ajetreo en que se pasan los días en las ciudades, olvidamos la importancia de celebrar ciertas fechas. Pero son estos días los que permiten hacer un alto y reflexionar hacia dónde y cómo deberían ir encaminados nuestros esfuerzos.

Cuando fui secuestrada por las, FARC, entendí cómo la vida puede cambiar en el transcurso de un sólo día. Igual lo entendí también cuando felizmente recobré mi libertad el pasado 10 de enero de 2008. Desde entonces es conocido por muchos que desde esa fecha, en diferentes lugares del mundo, en especial, en muchas de las ciudades de América, miles de personas se reunieron al frente de sus televisores para seguir con alegría este acontecimiento. Todas las manifestaciones de cariño que hemos venido recibiendo me han permitido renovar la esperanza y alimentar la idea de volver a compartir con tantas personas. Lo que sin duda ha sido muy estimulante para retomar el ritmo. El 10 de enero tuvo sentido para mí y para mi hijo, y ha tenido sentido para el significado de la libertad en el mundo y lo que significa el respeto de la dignidad humana. Por eso, comparto profundamente el valioso significado que tiene para todos nosotros y para millones de seres humanos de nuestro continente celebrar un día internacional de la paz.

Nadie duda que parte de la consciencia colectiva que hoy existe alrededor de la paz haya nacido con base a experiencias dolorosas de miles de seres humanos alrededor del mundo en medio de la violencia. Esta experiencia me ha hecho entender con más fuerza que se asumen costos inmensos en vidas humanas, en tiempo y en recursos al no hacer de la paz nuestra principal bandera.

Hace unos años cuando en las Naciones Unidas se discutía sobre la posibilidad establecer un Día Internacional de la Paz, justamente como consecuencia de una proposición de uno de los países hoy miembros de la OEA, Costa Rica, se concluyó lo que muchos de nosotros hoy pensamos: “con un día de la paz sería posible contribuir a esos ideales de paz y aliviar las tensiones de conflicto en las naciones y los pueblos”.

Más adelante cuando la Resolución 55/282 de 2001, la Asamblea General decidió que este día fuera precisamente hoy, 21 de septiembre, la comunidad internacional fue más enfática en señalar que además era necesario que el "Día Internacional de la Paz se observará en adelante como un día de cesación del fuego y de no violencia a nivel mundial, a fin de que todas las naciones y pueblos se sientan motivados para cumplir una cesación de hostilidades durante todo ese Día».

Desde allí, cada 21 de septiembre ha resultado ser una nueva oportunidad para crear actos de paz sintonizados en una fecha compartida. Como la mítica manifestación frente al Greenham Common, en Inglaterra, en donde cerca de 30 mil mujeres tomadas de las manos formaron una cadena humana de cerca de 4.5 Km. en protesta por la proliferación de las armas nucleares, hasta los hermosos certámenes celebrados en Brasil como el "Grande Premio da Paz – Sergio Vieira de Mello", o el concierto de música de mi compatriota, Juanes ayer en la Plaza de la revolución en la Habana; en el que artistas de nuestro continente han creado piezas únicas en homenaje a quienes han sido víctimas de la violencia.

Por eso, de nuevo quiero reiterarles el honor inmenso de estar con ustedes hoy, en este recinto de la Organización de Estados Americanos; porque estoy absolutamente convencida que el trabajo por la paz es sumamente necesario, y además y quizá de mayor importancia, porque no tengo la menor duda de que es en este escenario de la OEA, en donde se puede impulsar este sueño para hacerlo posible en particular para nuestra querida América.

Pero qué es la paz?

He intentado reflexionar una y otra vez en una definición de lo que la paz significa hoy en día para mí.

En mi país Colombia es mucho conocido que enfrentamos uno de los conflictos armados más prolongados del último siglo. Más de 50 años. También es cierto que además de lo que los medios transmiten en su día a día, durante las últimas décadas hemos enfrentado paralelamente numerosas frentes: la de la violencia inter partidista que fue, al parecer señalada como una de las causas del nacimiento de los grupos al margen de la ley; pero también la de los carteles de la droga, los grupos paramilitares, las mafias callejeras; la de la exclusión social y la ausencia de justicia que ha generado cada una de ellas.

De manera que para nosotros resulta imperativo lograr la paz prontamente. Y por ello termina uno dándose cuenta de lo difícil pero también lo urgente que resulta hablar de paz, viviendo en un sitio en el que muchos mueren por diversas causas, se asesina a ciudadanos inocentes, se reclutan forzosamente a niños para servirle a la guerra, se secuestran civiles e incluso soldados y policías y los mantienen encadenados por más de 10 años como lo vimos la semana pasada en las pruebas de supervivencia que se incautaron de uniformados secuestrado por las FARC, Carlos Duarte, Jorge Trujillo, José Forero, Luis Arcia, Wilson Rojas, Robinson Salcedo, Luis Beltrán, Jorge Romero, Cesar Lasso, Luis Moreno; a quienes desde aquí recuerdo no solo con cariño pues compartí con ellos parte en cautiverio, sino que además registro su especial solidaridad para con mi hijo y con migo en momentos críticos. No son números más, son personas, son seres humanos que sufren junto con sus familias y todo el país que comparte su drama. Por eso no quise pasar por alto y recordarlos hoy aquí, para enviarles un mensaje de resistencia, de aliento, de profunda solidaridad.

Volvemos a hablar de nuevo sobre la paz, que es esa añoranza común por un mejor vivir; por ese deseo infinito de cesar tanto dolor. He citado un ejemplo, pero hay dificultades que generan desequilibrios y desazón en muchos de nuestros países, también en los Estados Unidos, por citar otro país, la crisis económica a pegado en miles de hogares de ciudadanos y los aqueja el desempleo. Claro, ya hay signos importantes de recuperación. La era que comienza con el presidente Obama vislumbra un nuevo escenario.

Por eso, estoy convencida que si la paz es un estado de tranquilidad como lo describen muchos quienes han intentado definirla; no existe la menor duda que aún tenemos un camino muy largo por recorrer, que debemos mantener el ánimo y el entusiasmo para seguir trasegando en su búsqueda.

Si, es un trabajo difícil, pero no imposible en la medida en que se trabaje diariamente en él. Así lo decía John F. Kennedy y tantos mártires de la causa, para quien la paz era ante todo una tarea: "La paz es un proceso diario, semanal y mensual. Gradualmente hay que cambiar opiniones, lentamente romper barreras, calladamente construyendo nuevas estructuras". Y quizás cuando esa tarea quede hecha, sabremos de primera mano el significado de la

famosa frase de Gandhi en que nos recordaba que “la paz en si misma es su propia recompensa”. Y entonces también, seguramente podremos decir que finalmente rompimos esa cadena de miedo de la que hablaba Octavio Paz.

Sobre el miedo, desde mi punto de vista, ya empezamos con el primer paso, para vencerlo; ustedes seguramente recordaran las multitudinarias marchas que hubo no solo en Colombia, también en otros sitios el año pasado para pedir por la liberación de los secuestrados. Muchas personas salimos a las calles a clamar por la libertad de nuestros compatriotas.

Hoy también veo que de forma maravillosa en diferentes partes del mundo, las mujeres han tomado la iniciativa de liderar grandes transformaciones en sus países hacia la paz. En mi país, fue mi propia madre, quien de manera estoica y decidida se entregó en cuerpo y alma para pedir por nuestra liberación, y con ella también, otras madres, esposas e hijas que siguen dando una batalla frontal contra el mismo drama de la privación de libertad, y contra sus más despiadados cómplices, la indiferencia y el olvido. Su tesón, sus convicciones y sus sacrificios son hoy una inspiración y una invitación para seguir trabajando por los que aún faltan encontrar su libertad.

Como bien lo ha dicho Rigoberta Menchú, la “paz no es solamente la ausencia de la guerra”, sino la ausencia de la pobreza, el racismo, la discriminación y la exclusión. De manera que la búsqueda de la Paz no es un discurso vacío. Y hoy, quizás más que nunca, es necesario volver a abrir esos caminos de diálogo y de entendimiento no solo al interior de los países, sino entre todos los Estados del continente americano para analizar como debemos seguir afrontando los desafíos que se nos presentan.

Vientos de turbulencia? Si. Soplan vientos de turbulencia en nuestro continente.

Para nadie es un secreto que a nivel regional experimentamos lo que yo veo como “vientos de turbulencia” que no nos permiten llevar la vida como hermanos que sin duda deseamos y merecemos.

Por eso, la sociedad civil podría hacer un llamado respetuoso a nuestros líderes para que estas diferencias a veces personales o a veces políticas se afronten con respeto mutuo, con dialogo, con comprensión, recordando los principios, con compromiso, pero sobre todo; con

muestras y gestos concretos que envíen señales precisas a los pueblos sobre el deseo real de mantener la concordia de manera sostenible. Es su tarea, la de los presidentes, es demostrarnos, repito, realmente que el sentido de humanidad y de coherencia está por encima de las tentaciones del poder y de la vanidad.

Yo confío en que ellos, nuestros presidentes, pueden darnos un ejemplo vivo de las razones por las cuales en muchos de nuestros países estamos celebrando el bicentenario de nuestra independencia. Aprovechar este momento para reflexionar el continente que queremos seguir construyendo juntos para nosotros, nuestros hijos y nuestros nietos. Y empezar a hacerlo.

Sabemos que enfrentamos grandes dificultades pero a la vez también hay que asumir grandes retos. Hoy en día vivimos turbulencias en parte porque las desigualdades y conflictos al interior de nuestros países generan problemas que pretenden desestabilizar interiormente los gobiernos y por ende; a veces también se afectan las relaciones de amistad, cooperación y entendimiento con los países vecinos.

La OEA ha sido, desde su creación, el principal foro político de la región. Fue aquí en donde se apostó conjuntamente a establecer las democracias y en donde se acordó una carta que hoy es nuestra hoja de ruta: mantener la democracia en toda la América y todos los postulados que ustedes Señores Embajadores conocen muy bien.

Ahora hay que tener claro que los horizontes de de democracia y unidad deben ser necesariamente más amplios, no sólo entre los gobiernos sino entre su gente, fomentando intercambios comerciales, culturales, deportivos, artísticos. Dándonos una nueva oportunidad para volver a construir juntos, de manera que la hoja de ruta concuerde con los deseos y los sentires de las personas, de los ciudadanos; en suma, de nuestros pueblos. Yo creo que en esto se ha avanzado mucho, pero no es suficiente.

Cómo mantener la paz?

Abraham Johannes Muste, pacifista Estadounidense, decía con gran acierto que “No podremos tener paz si solo nos preocupamos con la paz. La guerra no es un accidente. Es el

resultado lógico de una cierta forma de vida. Si queremos atacar la guerra, debemos atacar esa forma de vida”.

La OEA ha hecho valiosos esfuerzos en entender la paz desde ese contexto. Y por eso, vale la pena resaltar que en la última Asamblea General de la OEA (en 39 períodos de sesiones) se adoptó la Declaración de Pedro Sula: *Hacia una cultura de la No Violencia*. Es un mensaje positivo que desde esta organización se reconozca que se viven momentos de violencia en el hemisferio que deben enfocar los esfuerzos conjuntos por promover la paz.

El hecho de estar reunidos hoy es una expresión de esa voluntad colectiva. Y debe concluir necesariamente en mantener una alianza que se comprometa de manera decidida a trabajar en el fortalecimiento de esa forma de vida que nos permita alcanzar y mantener la paz. Esa forma de vida debe implicar necesariamente un trabajo diario por hacer de la Paz una realidad para todos los ciudadanos

*¡Ese trabajo debe ir encaminado al fortalecimiento de la democracia ¡*

Hoy en esta sala no existe seguramente una sola persona que no esté absolutamente convencida que este es el sistema político ideal para garantizar la paz. Esta coincidencia de principios tan afortunada se da porque estamos reunidos en el seno de la Organización de Estados Americanos, que es el espacio de las Naciones Democráticas por excelencia.

Desde su creación se acordó que “la democracia representativa es condición indispensable para la estabilidad, la paz y el desarrollo de la región”. Y se recuerda el rol que tuvo esta organización para la superación de las dictaduras en el continente que habían sido particularmente violatorias de los derechos civiles y políticos en un marco de intimidaciones y desapariciones forzadas que aún recordamos con indignación.

En ese sentido, es particularmente valerosa su tarea por instaurar, preservar y fortalecer nuestras democracias como el sistema ideal en donde pueden tener vigencia todos los derechos humanos.

Acierta entonces la OEA cuando mantiene la primacía de la búsqueda por la democracia como uno de sus pilares, incluso cuando en todos nuestros países se intentan celebrar

elecciones libres. Tenemos todavía un gran camino para que los beneficios de la democracia lleguen a todos los ciudadanos de América.

Hace algún tiempo, el PNUD realizó su informe sobre la Democracia en América Latina, se señalaba que la región se define en una extraordinaria paradoja. Pues mientras podemos “mostrar con gran orgullo más de dos décadas de gobiernos democráticos”. También enfrentamos una creciente crisis social que mantiene profundas desigualdades.

Se leía también en dicho informe que a pesar que la democracia había extendido sus ramas en todo el continente, entre las personas “sus raíces no son profundas”, pues cerca del 50 por ciento afirmaba que estarían dispuestos a sacrificar un gobierno democrático en aras de un progreso socioeconómico.

En ese sentido, parte del trabajo por la paz es necesariamente una decisión por arraigar la democracia como una opción de vida en comunidad que se debe concretar en lo siguiente:

1. En primer lugar, en la necesaria priorización sobre la protección de los Derechos Humanos.

No hay una manera distinta de convencer a la sociedad y a quienes han decidido optar por vías al margen de la ley, que la paz es posible, que hacer que nuestros Estados legitimen su rol como los principales garantes de la vida y la dignidad de los seres humanos que habitan sus territorios.

La principal tarea para recuperar la confianza de los ciudadanos en la democracia es la vivencia plena del principio de que la vida es sagrada. Hace dos años, el subsecretario de seguridad Multidimensional de la OEA, afirmaba que “América Latina y el Caribe es la región más violenta del mundo con una tasa de homicidios tres veces superior al promedio mundial, con más de 150.000 muertes violentas al año”. Una región con estos índices requiere hacer mayores esfuerzos en la búsqueda de la Paz.



La OEA hace una labor promoviendo el respeto por los derechos humanos con sus programas de educación, pero también con el trabajo de investigación y juzgamiento de las violaciones en el marco de la Comisión y la Corte Interamericana de Derechos Humanos. Esta tarea desde la vía judicial debe entenderse cómo una apuesta al perfeccionamiento de la labor del Estado y al repudio que en el marco de sus actuaciones se irrespete a sus ciudadanos.

También brinda una herramienta esencial con los mecanismos de seguimiento a la situación de los grupos vulnerables por medio de las Relatorías que permiten tener un estado del arte de la garantía de nuestros derechos y libertades así como dar señales de alerta sobre los hechos que requieren atención y cooperación inmediata.

Los Estados deben apoyar estos mecanismos y facilitarles las herramientas para hacerlos efectivos. Pero a nivel interno deben procurar también fortalecer sus sistemas de protección de todos los derechos, desde los más fundamentales como la vida, la libertad, la dignidad humana. Esto se logra a través de la creación de instituciones que en la vía legislativa permitan la participación necesaria para desarrollar un debate político vigoroso.

Del lado judicial, el Estado debe fortalecer los sistemas de protección a víctimas y testigos y asegurarles su participación en todas las etapas del proceso. Debe apostarle a procesos judiciales que hagan que ese reencuentro con el pasado no se convierta en una segunda victimización. Y que permitan que se conozca la verdad, se haga justicia, se logre una reparación integral y se abran los espacios para la reconciliación.

El rol de la justicia para la protección de los derechos humanos es esencial, porque es ella la que permite que podamos volver a mirarnos a los ojos.

Cuando los estados, y las personas y los ciudadanos asuman los derechos humanos como parte prioritaria de su devenir diario, tendremos una sociedad que muestre que existe la posibilidad de vivir sin miedos.

## 2. En segundo lugar, la búsqueda de una Presencia del Estado que garantice la equidad.

Parte de la tarea por recuperar la confianza en el Estado es lograr que su presencia alcance todos los rincones de la región.

Cuando se vive en las ciudades es difícil dimensionar la importancia que sigue teniendo el territorio en nuestros países. Los grandes problemas entre las relaciones de poder y también el origen de las profundas desigualdades que existen en la región tienen su origen en nociones equivocadas de la territorialidad.

Cuando el Estado no tiene presencia en los municipios, cuando no existen escuelas, hospitales, juzgados en donde se desarrolle una vida civil plena, se crea el caldo de cultivo para que fuerzas al margen de la ley se apropien de la autoridad y creen sistemas de vida en comunidad que no se acomodan a la democracia.

Los Estados deben recuperar su presencia en los espacios rurales con actividades que vayan mucho más allá de lo militar y garantizar condiciones de vida que permitan desarrollar una comunidad entre sus habitantes, que promuevan el respeto por el medio ambiente y que generen oportunidades.

Por esa razón, las políticas administrativas podrían estar encaminadas a fortalecer el rol de los gobernantes locales y su autonomía frente a las capitales. Por el lado económico, los intercambios comerciales entre países de la región deben propender porque se enriquezca la población en su conjunto, porque se conecten los diferentes municipios y porque las inversiones en infraestructura se hagan con equidad social.

Estudios de la CEPAL, muestran que “la desigualdad en las condiciones de desarrollo económico y social de los territorios de América Latina es un tema central en la agenda de políticas públicas de la región”. Y es hora de prender las alarmas porque el desarrollo no avance de manera desigual en diferentes latitudes.

3. En tercer lugar, es necesario proteger con más ahínco la Libertad de Expresión como la base del diálogo

Considero personalmente que en la medida en que se permita conocer los problemas, es ya de por sí un inicio para la solución de los mismos. Por ello concuerdo plenamente con la Corte Interamericana de Derechos Humanos al señalar en una de sus opiniones consultivas que La libertad de expresión e información es una piedra angular en la existencia misma de una sociedad democrática<sup>1</sup>. No podría haber resumido mejor el papel fundamental que ésta juega en la consolidación de la democracia y en la misma protección de los demás derechos.

Además es por medio de la posibilidad que los seres humanos tenemos de disentir en un ambiente respetuoso que se puede construir sobre las diferencias.

En el marco de la OEA, hace un trabajo, la Relatoría Especial para la Libertad de Expresión al estudiar minuciosamente la situación de cada uno de nuestros países, al hacer visibles sus problemas y al formular desde el respeto a la soberanía recomendaciones para hacer más efectiva su protección. Pero por supuesto hay todavía un camino por recorrer, pues no puede vislumbrarse un camino hacia la paz que no esté acompañado de quienes guían con su trabajo diario los debates que necesitan las naciones para plantearse las rutas a seguir. Me refiero especialmente al rol tan esencial que cumplen los periodistas y los defensores de derechos humanos en la posibilidad de hacer real el derecho de todos los ciudadanos a tener información veraz y transparente. Y en la visibilización de las problemáticas que hay que resolver para alcanzar la paz.

Por eso, el respeto a su labor diaria, deber ser principal en la protección de la libertad de expresión. En ese sentido, es una necesidad que los Estados aquí reunidos repudien, investiguen y sancionen a quienes por razones relacionadas con su trabajo, les arrebatan la vida o les menoscaban la dignidad.

---

<sup>1</sup> Opinión Consultiva 5-85, Corte Interamericana de Derechos Humanos

En los últimos diez años se calcula han ocurrido 157 muertes violentas de periodistas en 19 países de la región. Como bien lo señalaba un informe de la relatoría, “El asesinato de periodistas y comunicadores sociales es la forma más violenta de vulnerar el derecho a la libertad de expresión, ya que no solamente anula el derecho a la vida de la víctima, sino que afecta el derecho a la integridad psíquica y moral de su familia y priva a la sociedad de una fuente de opinión e información”.

Del mismo modo, cientos de defensores de derechos humanos son intimidados como consecuencia del trabajo que desarrollan en sus países y terminan siendo víctimas de ejecuciones extrajudiciales, desapariciones forzadas, torturas, y otras violaciones.

Proteger a los periodistas y a los defensores de derechos humanos es esencial para lograr la paz, porque ellos cumplen la esencial tarea de que los costos de la guerra no queden en el olvido.

Son ellos quienes han asumido la voz de quienes por sus condiciones de vulnerabilidad no pueden tenerla, quienes nos han mostrado los rostros del drama humano que se vive como consecuencia de políticas equivocadas, quienes han tenido la valentía de asumir la defensa de nuestros compromisos.

Igualmente, dentro de la cultura de la no violencia que hemos comentado es vital promover de manera preventiva, foros y debates en aras de fortalecer un proceso en la búsqueda de la tolerancia, el respeto mutuo, la capacidad de escuchar y por ende de comprender.

#### 4. Cuarto, la necesidad que el día de la paz sea una Invitación contundente al Desarme

Cuando se concibió la idea de un día internacional de la paz se pensó en que este debería ser un día de cese al fuego. Desde entonces, el desarme ha sido una de las banderas de la celebración de este día. Este año el discurso del Secretario General de las Naciones Unidas ha hecho un llamado contundente para pedirle a los gobiernos y a los ciudadanos concentrarse en la importancia del desarme nuclear y la no proliferación.

En los últimos 100 días, nos han dado en una fuerte campaña publicitaria 100 razones para desarmarnos.

Es para nosotros en América Latina y el Caribe un motivo de orgullo ser la primera región del mundo libre de armas nucleares.

Pero hay que reconocer que llevamos a costas una situación sombría respecto a las armas pequeñas y ligeras. Según la organización CLAVE que se ha dedicado a promover el desarme en América Latina, “vivimos en la región más golpeada por la violencia armada, en donde se concentra el 42 por ciento de los homicidios con armas del mundo por esta causa”.

El costo de la proliferación de armas no sólo es enorme en pérdidas de vidas humanas, en especial de los más jóvenes sino que se calcula que “contando las heridas, los impactos económicos, sociales y personales, el problema le cuesta a la región más del 10 por ciento de las riquezas que produce cada año”.

Debe ser motivo de una reflexión profunda ver cómo quienes empuñan las armas en los grupos al margen de la ley como las guerrillas, pero también en las redes de crimen organizado que existen en las ciudades y en las pandillas callejeras son jóvenes que no superan en muchas ocasiones la mayoría de edad. Igualmente analizar como controlar el tráfico de armas ilegales que nutre estos sectores.

No podemos seguir permitiendo que hoy América registre, según el Banco Mundial, la mayor tasa de homicidios de jóvenes hombres entre 15 y 29 años (69 por cada 100.000) del mundo. Ni muchos menos alimentar la idea en nuestras nuevas generaciones que es a través del poder de la fuerza y no del poder de las ideas que se logra llevar una vida plena.

Es en extremo preocupante el aumento de los anuncios de compra de armas de países de la región y el todavía débil control a los mercados ilegales que permiten un fácil acceso a ellas. En América no se puede construir un camino hacia una paz, armada hasta los dientes. Un

estado de calma que se consigue a la fuerza, no solamente no es paz sino que no es real ni duradero. Por eso es la OEA la que debe al menos cuestionar todo este grupo de acuerdos de cooperación que han saltado en las noticias en los últimos días, como los celebrados entre Venezuela y Rusia; Brasil y Francia, por nombrar solo unos cuantos.

Este día debe servir para hacer un llamado urgente a revisar esta historia y pensar más bien en construir nuevos paradigmas entorno a la seguridad en el continente americano.

## II. Prepararse para la paz

Para lograr la paz hemos venido hablando de diversas facetas, pero sin duda el otro frente esencial para alanzar el camino es la necesaria construcción de un tejido económico y social que derrote la pobreza y que garantice el goce pleno de todos los derechos sociales económicos y culturales. Hoy alrededor del 25 por ciento de los habitantes de América Latina vive con menos de 2 dólares al día. He mencionado un caso, pero ustedes saben que en los países de habla inglesa en nuestro continente también hay desigualdades sociales.

Las brechas entre ricos y pobres nos hacen ser uno de los continentes más desiguales del mundo. El 10 por ciento más rico de la población de la región percibe el 48 por ciento de los ingresos totales, mientras que el 10 por ciento más pobre sólo percibe 1,6 por ciento<sup>2</sup>.

Recordando de nuevo a Rigoberta Menchú, ella decía que un “mundo en paz que pueda proveer consistencia, interrelaciones y concordancia en el respeto de la economía y las estructuras sociales y culturales, debe tener profundas raíces y una robusta influencia”. Y estas palabras siguen siendo hoy en día vigentes. De manera que se requiere y se sugiere:

---

<sup>2</sup><http://web.worldbank.org/WBSITE/EXTERNAL/BANCOMUNDIAL/EXTSPPAISES/LACINSPANISHEXT/EXTLACOFFICEOFCEINSPA/0,,contentMDK:20819429~pagePK:64168445~piPK:64168309~theSitePK:871070,00.html>

1. Obtener más y mejor inversión en políticas para jóvenes entre 15 y 30 años.

No hace falta sino alzar la mirada para ver que las condiciones sociales y económicas en las que crecen las nuevas generaciones en nuestra región no nos permitirán desplegar esas profundas raíces. Una apuesta por la paz, debe necesariamente implicar un trabajo sostenido por garantizarles a ellos mejores oportunidades.

Parte fundamental del fortalecimiento del desarrollo debe ir encaminado a no seguir alimentando los círculos que perpetúan la pobreza. La mayoría de las circunstancias que conducen a la desigualdad nacen en la infancia pero se vuelven irreversibles en la juventud<sup>3</sup>. En muchos de nuestros países hemos logrado tener coberturas de educación básica casi universales. Pero no pasa lo mismo con la educación secundaria y menos con la educación superior. Por eso, muchos de nuestros jóvenes empiezan de manera temprana a buscar formas cómo ganarse la vida que distan mucho de ser trabajos duraderos y que por el contrario, agudizan las condiciones de informalidad laboral y terminan sacándolos definitivamente del sistema escolar.

Cerca de 30 millones de jóvenes en América Latina que deberían ir a la escuela no lo hacen. Hay cifras también preocupantes en las Universidades de los Estados Unidos. Estudios económicos señalan que “cada joven que abandona la escuela pierde cada año de su vida activa el equivalente a 14% del PIB per cápita”, y asume enormes costos en materia de calidad de vida, de confianza, de la pérdida de sus aspiraciones de vida que no se pueden medir.

Organizaciones internacionales han alertado que cerca de la mitad de los jóvenes del continente se encuentran en situaciones de riesgo. Sea porque han abandonado la escuela, son padres desde muy jóvenes o han estado involucrados con algún tipo de conducta delictiva.

---

<sup>3</sup> El potencial de la juventud: políticas para jóvenes en situación de riesgo en América Latina y el Caribe. Banco Mundial. 2007.

Generar oportunidades podría darles una mejor opción de vida a los cerca de 22 millones de jóvenes que, según la OIT, ni estudian ni trabajan. Diseñar políticas dirigidas a promover el empleo, la permanencia en la escuela, la sexualidad responsable y la prevención de la delincuencia es a largo plazo la mejor inversión para la paz.

2. También, un llamado para que la crisis económica no genere la disminución del gasto social.

Comparto la preocupación manifestada públicamente en la última cumbre de la OEA sobre las consecuencias sociales y los efectos en el cumplimiento de los Objetivos de Desarrollo del Milenio de la crisis económica mundial.

América Latina y el Caribe han dado ejemplo de ser una región que, según el Banco Mundial, está “bien equipada para la crisis”, gracias a la prudencia y a la sensatez. Pero gracias también al peso del pasado, a que hemos aprendido de nuestros errores y desaciertos consolidando una visión de futuro.

Sin embargo, no es este un motivo para bajar la guardia. Es conocido que las crisis económicas afectan especialmente a quienes son más vulnerables. Y que amenazan de manera latente con recortar las inversiones sociales que son la que construyen el tejido humano que nos permite vivir en paz.

Las políticas de atención a esta crisis deben buscar que nuestro continente disminuya esas grandes desigualdad entre el ingreso de sus habitantes y de una posibilidad dentro del marco de la igualdad de generar riqueza a cada uno de quienes vivimos en América.

Son las crisis las que nos dan la oportunidad de encontrar soluciones sostenibles para fortalecer los regímenes de protección social y esta debe ser un campanazo para que se creen sistemas sólidos de bienestar para los más desfavorecidos.

Por eso, la crisis no puede ser una excusa para que se disminuyan los esfuerzos en la lucha por alcanzar la paz y todo lo que ella implica. No puede ser una excusa para reducir la inversión en alcanzar las Metas del Milenio, ni en disminuir los aportes que hoy sostienen programas en relación con los procesos de paz, la reconciliación, el desarme, la protección



de los derechos humanos, el fomento del desarrollo integral y la prosperidad ni ninguno de los pilares sobre los cuales se basa la Organización de Estados Americanos.

Una de las principales conclusiones de la Cumbre de las Américas fue la necesidad de generar mayor inversión y crear empleos. La OEA es el foro político y natural para hacerlo al generar un clima de dialogo y confianza, una unión que traspase las fronteras y que aproveche al máximo nuestras riquezas americanas.

### 3. Promoción del desarrollo sostenible.

Estamos todavía a tiempo, por ejemplo, de crear nuevos mercados que promuevan el respeto del medio ambiente.

América Latina alberga el 40 por ciento de las especies de flora y fauna del planeta. Seis de los 10 países con mayor biodiversidad del mundo son Brasil, Colombia, Ecuador, Perú, México y Venezuela. Esa aparente abundancia de recursos naturales nos hace también poseer el 30 por ciento del agua renovable del planeta y tener tres de nuestros países considerados entre los más ricos en recursos hídricos: Brasil, Colombia y Perú.

La región cuenta también con la mayor cantidad de hectáreas de tierra cultivables, cerca de 576 millones, lo que no debería permitir que una sola persona en la región sufriera de hambre. Y esta sería ya una meta

Sin embargo, el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA) señala que, en la última década, la región perdió 47 millones de hectáreas de bosques. "Sólo en 2003 se perdieron 2,5 millones de hectáreas en la Amazonía. En México desaparecen más de 700.000 hectáreas de bosques por año; Centroamérica tiene la principal tasa de deforestación del planeta; los países andinos pierden 300.000 hectáreas de bosques por año<sup>4</sup>",

El respeto por el medio ambiente es también la piedra angular para poder sostener las condiciones de paz de la región. Solamente como consecuencia de los desastres naturales,

---

<sup>4</sup> Todas las cifras han sido tomadas de <http://www.portalforestal.com/informacion/informes-y-entrevistas/61-crece-la-deforestacion-en-america-latina.html>

entre 1979 y el 2000, 246.569 personas fueron víctimas mortales y 144,9 millones resultaron afectadas, con daños económicos valorados en 68.600 millones de dólares.

Cuando a finales de este año en Copenhague, el mundo se plantee un nuevo pacto para proteger a la humanidad de los devastadores efectos del cambio del clima, América toda, podría dar un significativo aporte al consolidar mecanismos de crecimiento económico que sean coherentes con la protección de nuestros recursos y con el respeto a la cultura de nuestros pueblos indígenas.

4. Por último, es necesario crear segundas oportunidades para quienes alguna vez se alejaron del camino de la paz.

La mayoría de países de la región somos conscientes que la ausencia de conflicto es apenas el primer paso para consolidar la paz y que le corresponde al Estado garantizar que quienes han estado involucrados en la guerra encuentren en la vida civil una oportunidad para empezar de nuevo. En mi país Colombia, la OEA hace su aporte al apoyar al Gobierno en verificar las iniciativas de cese al fuego y de hostilidades, de desmovilización y desarme, y de reinserción.

Esas segundas oportunidades deben ir equipadas desde el punto de vista económico con programas que permitan hacerlas sostenibles, en medio del respeto por la justicia. Es deber del Estado articular con el sector privado la inserción laboral o la creación de proyectos productivos que sostengan en el tiempo a quienes han decidido abandonar las armas evitando que se creen nuevos grupos dedicados a la delincuencia. Pero también se requiere la suma de esfuerzos individuales. Por ello, quizás muchos periodistas me han preguntado si he podido perdonar a quienes me secuestraron. Les he dado respuesta señalándoles que el perdón abarca tres aspectos: i) cumple un papel sanador para quien lo otorga, es la persona que se permite perdonar la que alivia su carga de dolor; ii) permite allanar el camino a la libertad de las personas que aún están en cautiverio; y iii) permite crear en el mediano plazo nuevos espacios para la reconciliación nacional.

De manera que es mi aporte, como un granito de arena para la construcción de la paz. Yo quiero un País en paz. Y si viviera resentida, trasladaría ese resentimiento a mi hijo, a las generaciones que él representa y seguramente a mis compatriotas. Prefiero entonces seguir elaborando mi dolor y tratar de transformarlo para la búsqueda de la reconstrucción, y así pensar más bien en esperanza.

Por eso, creo en esas segundas oportunidades. Pero unas segundas oportunidades que no significan impunidad y que deben ir enmarcadas en procesos de justicia que respeten los derechos de las víctimas. Es darnos esta segunda oportunidad lo que permitirá que nuestras sociedades se readapten a sí mismas luego de tantas experiencias dolorosas y puedan seguir adelante.

También considero que el perdón es esencial, no para olvidar el pasado, pero sí para recuperar la confianza y con este mensaje quiero terminar mis palabras que se sintetizan, en la necesidad de renovar el compromiso de todos nuestros países en reencontrar la confianza mutua, el respeto y la solidaridad, para trabajar juntos de un mismo lado del remo; de manera que los resultados se vean en el establecimiento de una paz duradera den nuestro querido continente Americano.

Muchas gracias de nuevo a todos,